

LA DESESPERACION DE PARÍS.

No bastaban todos los esfuerzos á conjurar esta gran irrupcion, que es un pueblo cayendo sobre otro pueblo, que es una raza mudando de centro y desprendiéndose sobre otra raza desgraciada. París, París ha sido la víctima; París, cuyos dolores no tienen ni medida ni número. En los tristísimos dias del bombardeo se agravó la miseria. Yo he recibido por los globos tripulados, algunas cartas concisas, doloridas, dictadas por la fiebre, escritas entre el sacudimiento de dos edificios conmovidos al combate del siniestro huracan, bajo la lluvia de bombas que rasgaban con sus estallidos los aires, y con su siniestro relampaguear las tinieblas de la noche. ¡Qué descripciones de la situacion de París! Sobre el barro de nieve y escarcha; bajo el cielo frio como la mano de un cadáver; á la dudosa luz del opaco amanecer; en las mañanas glaciales de este cruel Enero que parece haber arrancado á las entrañas del planeta su calor, como al corazon de Europa su humanidad, agolpábanse en monton á las puertas de las carnicerías pobres mujeres haraposas, hambrientas, febriles, centelleando de sus ojos siniestros reflejos, despidiendo de sus labios palabras incoherentes, y que iban allí, estátuas de la desesperacion, ¡ay! no por sí mismas, no por su vida, que apenas valia la pena de conservarse, sino por sus pequeñuelos, por sus hijos, condenados tal vez en lo porvenir á no tener patria.

LA DESESPERACION DE PARÍS.

No bastaban todos los esfuerzos á conjurar esta gran irrupcion, que es un pueblo cayendo sobre otro pueblo, que es una raza mudando de centro y desprendiéndose sobre otra raza desgraciada. París, París ha sido la víctima; París, cuyos dolores no tienen ni medida ni número. En los tristísimos dias del bombardeo se agravó la miseria. Yo he recibido por los globos tripulados, algunas cartas concisas, doloridas, dictadas por la fiebre, escritas entre el sacudimiento de dos edificios conmovidos al combate del siniestro huracan, bajo la lluvia de bombas que rasgaban con sus estallidos los aires, y con su siniestro relampaguear las tinieblas de la noche. ¡Qué descripciones de la situacion de París! Sobre el barro de nieve y escarcha; bajo el cielo frio como la mano de un cadáver; á la dudosa luz del opaco amanecer; en las mañanas glaciales de este cruel Enero que parece haber arrancado á las entrañas del planeta su calor, como al corazon de Europa su humanidad, agolpábanse en monton á las puertas de las carnicerías pobres mujeres haraposas,

hambrientas, febriles, centelleando de sus ojos siniestros reflejos, despidiendo de sus labios palabras incoherentes, y que iban allí, estátuas de la desesperacion, ¡ay! no por sí mismas, no por su vida, que apenas valia la pena de conservarse, sino por sus pequeñuelos, por sus hijos, condenados tal vez en lo porvenir á no tener patria.

¿Y qué recibian? Algunos pedazos de pan moreno, casi indigerible; algunas onzas de carne de caballo seca, curtida, rugosa, semejante á la madera ó al cuero. Y cuando en esta triste situacion se encontraban, bajo el látigo de la miseria, tendiendo la mano acostumbrada al guante para recoger una limosna, la bomba estallaba en los aires ó se hundia á sus piés; los milicianos heridos en la batalla próxima, volvian, unos por su pié, otros en camillas que chorreaban sangre; y bajo las ruinas calcinadas se descubrian cadáveres de niños sacrificados por las granadas, ó de pobres mujeres, en cuyas venas derramaran ardiente tifus los miasmas difundidos en los aires por el letal aliento de la guerra.



París se iba á morir de hambre bajo aquella granizada de bombas. Era necesario un supremo esfuerzo. La exacerbación de la guerra, la crueldad del bombardeo sólo significaban que los prusianos habían expedido la mayor parte de sus tropas al Norte, al Loira, al Este para perseguir los cuerpos de ejército destinados á libertar á París. Un supremo esfuerzo de la guardia parisiense en aquellos momentos acaso fuera coronado con la victoria. Pedíanlo á una todos los partidos. Aconsejábanlo todos los periódicos, desde el sesudo *Tiempo* hasta el rabioso *Combate*. Solamente Trochu, á quien París confiara su salvación, manteníase frío ó atemorizado, aguardando un auxilio imposible, decidiéndose á una paciencia inverosímil. Los clubs, muchas veces descamisados, pero entonces razonables, si no en las formas violentas, en el fondo esencial de sus quejas, preguntaban qué se proponía el gobernador de París con esta quietud angélica, en medio de la ruina, de la devastación, de la muerte, del incendio, Los diversos cuerpos de alguna representación social repetían la misma pregunta preñada de dolores y de amenazas. Los guardias nacionales mostraban sus armas inertes y á veces exigían la lucha. El fuego atronador que todas las baterías vomitaban de sus cañones, ningún daño, ningún desperfecto, ninguna mella hacían en las trincheras enemigas. La inacción del general llegó á irritar al pueblo. La misma prensa de provincias que viera en París la salvación de la Francia, y en Trochu la salvación de París, comenzó á difundir sospechas sobre la aptitud del general para ese inmenso ministerio que le había confiado la revolución francesa en esta crisis suprema, no sólo de Francia, sino de todo el género humano. Veinte años de imperio han rebajado el nivel intelectual de la nación francesa. Así en esta larga y sangrienta campaña lo mismo el reputado táctico Mac-Mahon que el valerosísimo general Bourbaki, lo mismo Bazaine dentro de Metz que Trochu dentro de

París, han dado muestras de una incapacidad sólo explicable por la decadencia universal nacida del cesarismo.

Por fin á tantos clamores como pedían la salida, hubo necesidad de acceder. Fué convenida, arreglada, resuelta en consejo de generales, más que por el propio convencimiento de estos, por el impulso de la opinión pública indignada. El día diez y nueve de Enero se designó como día de salida. El principal objeto de este plan militar, era apoderarse de las alturas de Saint-Cloud, cuyos cañones desataban la gran lluvia de balas sobre los barrios de la orilla izquierda del Sena. Ya allí, ganadas aquellas posiciones, debían fortificarse y descender impetuosamente hácia Versalles, en busca del nuevo Emperador de Alemania, y de su cuartel general. Vinoy mandaba la izquierda, apoyándose en el río; Bellamare mandaba el centro; y Ducrot la derecha, apoyándose en el camino de Rueil. Trochu no estaba inspirado ni feliz en el desempeño de este plan de ataque, no mal pensado, pero muy mal cumplido. Buen crítico de operaciones militares, no es al mismo tiempo buen práctico. Sus teorías son más brillantes que sus hechos, y sus libros mejores que sus campañas. Debe toda la popularidad últimamente alcanzada, á los folletos escritos sobre la organización del ejército prusiano y no la imita. Los prusianos le creyeron un general cuando sólo era un sábio. Cierta escritor inglés le ha comparado con Emilio Ollivier en la facilidad de teorizar y en la dificultad que encuentra para cumplir sus teorías. Según sus planes, Ducrot debía emprender un movimiento convergente y apoyar á Vinoy, que por sí sólo podía tomar á Montretou, pero que no podía por sí sólo sostenerlo. Si avanzando Vinoy, no llegaba á tiempo Ducrot, estaba todo perdido: la salud de París, la salud de Francia, la salud de la República, dependían de aquel movimiento. El error de Trochu consistió en no medir previamente y en no calcular con oportunidad

las dificultades que debía encontrar Ducrot en su marcha y en su movimiento convergente. Así lo emprendió cuatro horas después de haber Vinoy ocupado con grande arrojo mezclado de aplomo, las posiciones que debía tomar. Estas cuatro horas sirvieron á los alemanes para recobrase, para reunirse, para caer como un espeso enjambre, sobre el punto, clave de la posición estratégica. A esta falta de prevision, unió Trochu falta de fuerzas. Sacó por el Monte Valeriano cincuenta mil hombres, cuando debió sacar cien mil; sacó escasa artillería, cuando librada á esta maniobra toda la suerte de París, debió sacar numerosísimos trenes.

Esta salida fué un verdadero desastre. Entre Buzenval y Montretout, quedaron mil franceses muertos. Cinco mil heridos llenaban con sus quejas aquellos campos de matanza, aquellos aires cargados de evaporaciones de sangre. El hijo de Fernando Lesseps, ese hércules del Istmo de Suez, cayó entre estos cinco mil heridos. El célebre pintor Regnault fué alcanzado por una bala que lo hirió mortalmente. Debía casarse con una hermosa joven que fuera largo tiempo la musa de sus inspiraciones, el ideal de belleza en que buscaba el secreto de la encarnación de sus pensamientos y el modelo de la forma; esta musa de este pintor, que, á modo de los artistas del Renacimiento, era también soldado. En cuanto cayó herido, y sintió que la vida se escapaba de su sér, pidió le trasportaran desde el campo de batalla á casa de su amada. Para ella fué su última mirada, para ella su último suspiro; como para ella habían sido sus inspiraciones y para la patria su existencia.

A este tenor miles de tragedias se cuentan. Pero confieso que no inspiran compasión tan grande á mi alma desolada los muertos como los vivos. Preferible es mil veces para todo buen francés morir, á ver á Francia caída de

tan alto en esos abismos. Felices los que mueren sin saber, sin adivinar que también se muere la patria de sus padres. ¡Ah! esta salida del día diez y nueve es desesperante. ¿Por qué, una vez tomada la posición de Montretout, no la conservaron? ¿Por qué no combatieron los franceses con más golpe de gente? ¿Por qué no usaron más artillería? Cuando Vinoy estaba en Montretout, el rey Guillermo y Moltke, y el príncipe real, que desde el acueducto de Marly, observaban la batalla, sintieron por vez primera en esta campaña el escalofrío del terror. Se hallaban cortadas sus comunicaciones con Alemania. Era difícil, difícilísima la posición del Estado mayor prusiano en Versalles. Más tenacidad en sostener á Montretout; fortificaciones rápidas é inmediatas á imitación de los prusianos; artillería en posición, barriendo los batallones de reserva que iban á combatirlos; y el sitio de París se levanta, y Francia se salva.

Dícese que Trochu no sacó de París el número de gentes necesario, por temor á los rojos. Mas el medio de vencer á los rojos era presentarles una victoria. Su oposición hallaba sobrado fundamento en la apatía de un general que deja bombardear á París y no sale de la ciudad como un torrente cuando el bombardeo sólo significa una estratagema del sitiador para desconcertar al sitiado. Queríase que las oposiciones lo sacrificaran todo por la patria, y en esto el gobierno de París tenía razón. Mas no se daba á los de abajo ejemplo defendiendo antes que todo la patria. La retirada de Montretout, ¡qué error y qué vergüenza! A las ocho de la noche el hurra de la victoria resonaba de regimiento en regimiento hasta llegar á Versalles. La monástica población de este real sitio, reanimada un instante por la esperanza, volvió á caer en su triste silencio así que supo la adversa suerte de sus armas. Y París entró en verdadera desesperación, sí, en verdadero delirio.